

eando acerca de la instruccion de su con-  
cuño, con su muger y con la buena beata,  
que decia: Aquí donde ustedes me ven es-  
toy muerta de miedo, porque el coronel  
no dejará de hacer una de las tuyas.  
Yo no las tengo todas conmigo, y si este  
hombre no es herege, ó brujo, ó cosa  
que lo valga, no hay ley en puercos rosi-  
llos. Sí, Dios me lo perdone; pero gente  
que no crée en milagros, que no tiene mie-  
do al diablo, y que se incomoda de su ca-  
sa solo por venirlo á ver, no puede ser na-  
da bueno.

Así se entretenia esta familia, miéntras  
el coronel se divertia con la suya, pon-  
derando la sencillez de D. Dionisio en  
creer lo mismo que Eufrosina y Pompo-  
sa, que habia esta visto al demonio. To-  
do esto, añadia, es efecto de una educa-  
cion abandonada á la ignorancia. Si des-  
de niño hubieran persuadido á tu cuñado  
que todos esos espantos son cuentos de  
viejas, ahora léjos de darles crédito, hubie-  
ra convencido de su falsedad á su mu-  
ger y á su hija.

Pudenciana amenizó la conversacion de  
sus padres, refiriéndoles por menor la fer-  
vorosa conversion de su prima, y lo de-

cidida que estaba á ser ermitaña, harto  
confiada en que la visitarían los ángeles.

Se reian los señores alegremente con  
este chiste, cuando, como á la hora de  
haberse acostado, dijo el coronel á su es-  
posa: ¿Ves, hija, la sombra que se aca-  
ba de ver en aquella pared? pues sin duda  
esa fué á la que puso nombre de diablo  
Pomposita.

Doña Matilde y su hija se incorpora-  
ron en la cama, y vieron en efecto la di-  
cha sombra no sin algun sustillo, porque  
hacia una figura bien extraña y se movia  
de cuando en cuando. ¿Y qué será, papá?  
preguntó Pudenciana.—Eso es lo que he-  
mos de examinar. Estense ahí quietas,  
yo me levantaré.... Vamos, ya está ana-  
lizada la causa de este espanto. Es bas-  
tante natural, lo mismo que yo la espe-  
raba. Aguárdenme. Voy á llamar á esos  
buenos señores para que la vean.

Sin perder tiempo se dirigió mi tutor á  
la recámara de D. Dionisio, y oyéndolo  
hablar con su muger, le dijo: Vaya, her-  
mano, levántese V. con los demas, y ven-  
gan á ver al diablo despacio, que ya nos  
hizo el favor de venir.

Al oír esto, enmudeció D. Dionisio,  
Tom. IV. 6

tembló Eufrosina, Pomposa estuvo á pique de desmayarse, y la tia María se persignaba sin cesar; pero por fin se levantaron todos á las repetidas instancias del coronel, quien iba por delante, y los demas lo seguian con pasos detenidos.

Llegaron á la recámara donde esperaban muy tranquilos Matilde y su hija. ¿Es este el diablo que viste, Pomposita? preguntó D. Rodrigo. Sí, dijo esta, toda temblando.—Pues no te asustes, salgamos á esta sala, y verás al enemigo malo, no en sombra, sino en su mismo cuerpo.

Se resistia Pomposa, y la beata la detenia estirándola del túnico para que no saliera; hasta que tomándola su tío de la mano, la sacó rodeada de todos los suyos; y poniéndola frente á un trípode, donde se ponía la agua manil, y sobre el cual estaba echado un gato descomunal, le dijo: He aquí, cobarde sobrina, el ridículo espectro que te ha espantado. Miralo, desengañate, límpiate bien los ojos. Si quitas la veladora de este lugar, y la pones aquí, ya no verás esta figura sino otra diferente.... A la prueba.... ¿Ves ahora lo que ántes?—No, tío: ya varió la sombra enteramente de figura.—Pongamos la luz don-

de estaba, y quitemos el gato.... ¿Ves ahora solo la sombra del trípode, banco ó como llamas este mueble?—Es verdad.—Pues ya ves patente el engaño de tus ojos, y el equívoco de tu imaginacion acalorada.

No teniendo que replicar con una demostracion tan evidente, callaron todos, ménos Eufrosina, que deseosa de sostener su opinion, dijo: Es verdad que la sombra del aguamanil hacia en la pared una figura endemoniada; pero qué dirémos de los golpes que se oyen en la recamarita?.... Vamos allá, los oirémos, y examinarémos la causa.

Fuimos en efecto, y no tardamos en oirlos. A nadie quedó la menor duda de ellos. El coronel por una ventana inmediata se asomó á registrar la pared por defuera; pero como estaba la noche muy obscura, no sacó por entónces otra cosa sino confusiones, pues ciertamente la pared estaba muy alta, y nadie podia tocarla por aquel lugar.

Cuando Eufrosina, D. Dionisio y Pomposa advirtieron la perplejidad de D. Rodrigo, cantaron su triunfo con el mayor orgullo. Hermano: contra la experiencia

no vale nada la filosofía mas cavilosa, decía don Dionisio: vaya, á ver á qué causa sobrenatural podemos atribuir estos toques? Si es gana, continuaba la tia Maria: sobre que negar los espantos, es negar que hay estrellas en el cielo. Nada tienes que esperar para desengañarte, Eufrosina.— Ya se ve que no. Aquí espantan, y mucho que espantan. Me mudara yo mañana, en cuanto Dios amanezca, aunque sea al Hospicio de pobres, si no hallo casa. Tú Dionisio, si no quieres, quédate aquí con tus criadas, que yo me iré con mi hija y con mi tia.—Sí, mamá: hará V. muy bien, porque ya acá se han anidado los espectros, duendes, fantasmas y vampiros. Dios nos avisa, y es menester no hacernos sordos á sus voces.

Vamos, señores, dijo el coronel: todas esas son palabras al aire que nada valen. Yo insistió en que estos golpes no proceden sino de causa natural, por mas que ahora por la obscuridad de la noche no pueda señalarla; pero, hermano, hagamos un convenio si V. quiere.—¿Cuál es?—Este: si mañana les hago ver el origen de estos golpes, y el remedio para que no se vuelvan á oír, como no se oirán en efecto

en la noche que sigue, pierde V. doce pesos que enviará á los pobres enfermos del hospital de S. Juan de Dios; y si no lo puedo señalar, costeo el traspaso de la casa que tomen, el transporte de los muebles, y el reemplazo de los que se quebraren en la mudada. ¿Qué dice V.? Una apuesta que proporcionaba tantas ventajas, se admitió desde luego por D. Dionisio, y nos fuimos á recoger.

Al dia siguiente se levantó bien temprano el coronel: fué á la ventana, y no tardó en averiguar que la causa de los golpes era una armazon vieja de palo, que en algun tiempo fué farol, y por su inutilidad se quedó abandonada, y pendiente de un pié de gallo en la pared que habia tenido corredor alguna vez y correspondia á la recamarita de D.<sup>a</sup> Eufrosina.

Este horrible vampiro, cuando lo movia el mas ligero viento golpeaba sobre la pared y azoraba á cuantos tenian la desgracia de escucharlo, habiendo sido la primera, nuestra ilustrada Pomposita con la ocasion que se dijo de haber puesto su cama en aquella pieza, por huir del diablíngato engerto en aguamanil.

Luego que D. Dionisio y su familia se

levantaron, los llevó el coronel á la ventana: les mostró el duende fatal: suplió las veces del aire, sacudiéndolo con una caña larga y haciendo que oyeran los golpes que habian escuchado por la noche; y últimamente, lo arrancó del palo, cayó al suelo, y les aseguró á las señoras que venido aquel fiero vestigio y su maldito compañero el gatidiablo, ya no volverian á espantarlas en aquella casa; y así, que se dejasen de pensar en mudadas, en las que siempre se pierde algo, se rompen los muebles y se incomodan los dueños.

Despues de algunas objeciones triviales que hizo D.<sup>a</sup> Eufrosina, y á cuyas soluciones dadas por el coronel no pudo responder, saltó el bueno de D. Dionisio con una dificultad que no se debia esperar de su talento. Bien está, hermano, dijo, que no haya duendes, ni se aparezcan los muertos ni los diablos; pero V. no me negará que hay fantasmas, que eran los *Lemures* de los antiguos. Estos avechuchos nocturnos existen sin duda entre nosotros, y la misma santa Iglesia pide á Dios que nos libre de ellos.—¿Dónde, D. Dionisio, dónde ha leído V. esas peticiones?—Cómo dónde? En un himno que comienza:

*Te lucis ante terminum*, dice despues: *prócul recedant somnia et noctium phantasmata*. Apártense léjos de nosotros los malos sueños, y las fantasmas de la noche. De esto se sigue muy bien que hay tales fantasmas.

El coronel desengañó á D. Dionisio advirtiéndole que las fantasmas de que hablaba el himno, eran de los que se forman en nuestra mente, y que podian ser pecaminosos; que estos pueden muy bien representarse entre sueños, y excitar tal vez, aun habiendo despertado, malos pensamientos: como si á Pedro durmiendo se le representa la imágen de su enemigo, (que es un verdadero fantasma) sueña que riñe con él y lo vence, y despues de despierto se complace en esta soñada venganza. Este caso y muchos semejantes, los fantasmas ó figuras pintadas vivamente en la imaginacion del que duerme, pueden ser causa de que las pasiones se exalten y que despierto peque. Por esta razon pide la Iglesia á Dios que nos libre de estas representaciones peligrosas, que por cuanto se forman en nuestra fantasía, se llaman fantasmas. Con esto se concluyó la cuestion de los espantos, y nos despedi-

mos, dejando un poco tranquilizadas á las señoras, y un tanto convencidas de que el miedo y la ignorancia son los que asustan á los vulgares cada rato, y no el diablo ni los pobres muertos á quienes les levantan innumerables falsos testimonios.

#### CAPITULO IV.

*En el que se refiere la peligrosa aventura en se vió nuestra Quijotita por su fervorosa é imprudente virtud.*

Sin embargo de que á favor del desengaño, ya no trató D.<sup>a</sup> Eufrosina de mudarse de su casa, no varió ella ni su hija el plan de su nueva vida, cosa que no dejó de extrañar el coronel; pero como su virtud no era sólida, bastardeó desde sus principios, y llenó el extremo de la gasmoñería y ridiculez.

No habia fiesta de iglesia donde no concurrieran madre é hija, y se estaban en el templo hasta que se concluia la funcion y levantaban el petatito, como suelen decir. Por las tardes, luego que reposaban la comida, se vestian y marchaban para la iglesia donde estaba el circular, y no volvian hasta que depositaban, de suerte que no paraban en casa, la cual ya se deja enten-

der cómo andaria, adandonada del todo al cuidado ó descuido de los criados; ello es que D. Dionisio no dejó de resentir el mal trato que recibia á causa de la vagamundería espiritual de su familia; pero no se atrevia á reconvenir, porque Eufrosina lo dominaba, y él no sabia atacarse los calzones.

Si el dia se ocupaba tan santamente, la noche no se pasaba ménos. Luego que eran las oraciones se encerraba Eufrosina con su hija y la tia María, que desde la noche de la disputa con el coronel se hizo piedra en la casa, y se ponian á rezar el rosario y una cáfila de novenas, cuya tarea duraba hasta despues de las diez, y no podia durar ménos, porque á mas de cuatro ó cinco novenas que se solian rezar á un mismo tiempo, habia otras devociones fijas que por ningun caso se omitian.

Todos los dias de la semana tenian sus rezos particulares. El lunes se debia rezar á S. Cayetano y á las ánimas benditas; mártes, á Señora Santa Ana, á S. Antonio de Padua; miércoles, á la Preciosa sangre &c. &c.

Fuera de esto, habia sus libritos que se rezaban por fechas, sin perjuicio de los